

Un nombre para Alan

José Vega



Índice

Primera parte

1	13
2	17
3	21
4	23
5	27
6	29
7	31
8	33
9	35
10	37

Segunda parte

1	43
2	45
3	49
4	53
5	59
6	61
7	63

8	67
9	69

Tercera parte

1	73
2	79
3	83

Cuarta parte

1	89
2	91
3	93
4	99
5	101

Lo más difícil no fue escribirlo. Lo más duro fue aceptarlo. Eran esas cosas que no se comprenden de un día a otro. Cuando escribía estas páginas no dejaba de pensar en todo aquello que no podía expresar. Cualquier palabra quedaba corta. Aunque, en realidad, las anotaciones sirven para comprender todo aquello que rápidamente se olvida y no se acepta... o al menos eso espero lograr.

Delaté a papá, intentaron matarme y conocí a mis mejores amigos: todo ocurrió en un par de meses. Cualquiera que lea esto se preguntará cómo sucedió todo aquello. Y, aunque ya han pasado unos meses, lo recuerdo como si hubiese sido ayer.

Primera parte

1

Siempre que despierto y salgo a la calle, todo me parece igual. Mamá dice que debería apreciar más las cosas, pero en Los Prados todo parece ser lo mismo. Vivimos en un área residencial donde hay varios condominios. Todas las casas se parecen, casi son iguales. ¡Hasta las familias parecen ser las mismas!

13

Todo se convirtió en lo que es ahora cuando varias personas se mudaron aquí. El tráfico obliga a muchos a estudiar en el Colegio Bilingüe Los Prados, que queda a diez minutos de la mayor parte de los condominios y las colonias de la zona. Conocía a unas diez o veinte personas de mi condominio que estudiaban en ese colegio. Cuando éramos pequeños, jugábamos juntos y nuestros papás nos obligaban a llevarnos bien; ahora, nos refugiamos en nuestras casas mientras vemos la televisión, o salimos de fiesta con amigos. En Los Prados nada cambia, y en casa ocurre lo mismo.

Según las noticias, era el día más soleado del año y la primera semana de clases. Empezar un año es realmente aburrido. Todos llegan al colegio y se preguntan lo que ya

saben. A menudo, uno o dos nuevos son lo más interesante del inicio de año. Yo no estaba nada emocionado de ver las mismas caras otra vez; pero las cosas son así.

Apenas salí de mi cuarto con mi uniforme y mamá ya discutía con mi hermano, David. Entonces, mamá recibió una llamada del centro de retiro para personas mayores. Nunca estuve de acuerdo con que el abuelo viviera allí; era un lugar de verdad deprimente. Mamá soltó el teléfono, se levantó de la mesa y dirigió la mirada hacia una ventana.

14 —El abuelo murió ayer mientras dormía —dijo.

Su mirada se tornó extraña, como cuando alguien ve al vacío intentando encontrar una respuesta sin hallar nada. Ninguno estaba preparado para la noticia. Hace unos días lo habíamos visto bien. Me pregunto qué habrá pasado.

Nunca imaginé que los preparativos para un funeral fueran tan agotadores y tristes. Hicimos la primera parada en el centro de retiro, donde un trabajador de la funeraria preparó el cuerpo antes de trasladarlo. No pude ver al abuelo, porque mis padres intentaron ocultarlo todo de mi vista. Así son las cosas siempre. Creen que deben ocultar «cosas que por mi edad no comprendería». Ese día, sin embargo, comprendí que todo lo que ocurre después de la muerte es más doloroso que la noticia misma.

Mi familia escogió la ropa del abuelo: su camisa de cuadros blancos y azules, el pantalón que le llegaba hasta al ombligo y sus zapatos cafés; le pusieron sus calcetines favoritos, los de flores amarillas, y sus mejores calzoncillos a rayas. Era el momento de escoger un ataúd entre cinco opciones muy similares. ¡Eran casi iguales! La fa-

milia, sin embargo, incapaz de decidirse, escogió el más solicitado: blanco, de álamo, cuya tapa estaba rematada con un crucifijo. La abuela eligió margaritas para decorar la sala donde velarían el cuerpo. Eran las preferidas del abuelo. Por último, mi tío escogió la comida: sopa de papa y bocadillos de atún; aunque parecía que nadie tenía ganas de probarlos. En ese momento comprendí que el abue no volvería jamás y comencé a llorar.

No quería dejar de llorar, pero papá insistió.

—Hacele ganas, Alan. Dejá de llorar, por favor. Tu mamá necesita tu entereza —me dijo.

15

Nadie le llevaba la contraria. No soy débil, pero tampoco soy tan fuerte como él piensa. Él lo es, y bastante, en comparación con cualquiera que yo conozca. La única vez que vi llorar a papá fue cuando perdió su trabajo hace tres años. Decía que no sabía cómo nos mantendría; después de eso nunca fue el mismo.

Pasaron algunas horas hasta que un hombre entró con el ataúd a la sala de velación. El ataúd pasó delante de la familia hasta que lo colocaron en el centro del salón. Parecía que el espíritu del abuelo aún estaba allí. Llegaron varios amigos del abue y algunos familiares lejanos. Apreté los párpados para contener las lágrimas que intentaban salir, pero era inútil: el abuelo no estaría nunca más conmigo. La impotencia era cada vez más grande; quizás eso era lo que me daría la fuerza de la que hablaba papá.

El abuelo siempre fue divertido y diferente; quizás por su trabajo, o por su forma de ser; aunque siempre

pensé que él y su trabajo eran lo mismo. Se dedicaba a crear los crucigramas que se publicaban en el periódico. Se la pasaba buscando palabras y definiciones que se ajustaran a los espacios. Su trabajo era todo un misterio. Papá decía que lo que hacía el abuelo no era un trabajo de verdad, pero a mí siempre me pareció uno de los mejores trabajos que alguien pudiera tener.

Extraño al abuelo.